

# NERUDA EN VALPARAISO

lugar de su origen. Los entrego sin pretensiones ni ambiciones literarias, en un sencillo haz de periodísticas que pretenden rescatar del olvido algunas cosas. Y como todo libro de evocación, habrá de olvidar y de errores. Faltarán o sobrarán muchas cosas, pero se habrá rendido un testimonio en base a una realidad que nos tocó vivir y luego recuperar por la palabra escrita.

No es este un libro de análisis, sino más bien a polémicas poéticas. No es un libro que pretenda ser leído por lo leído, sino que me sirva como un espejo amarillo para existir, y esto sí creo haberlo intentado y estaré muy contenta si lo consigo.

Pero un libro, aun el más simple, requiere el aporte de muchos y por ello quiero agradecer a quienes me ayudaron en diversas formas. El estímulo de publicaciones de antiguas crónicas en diarios, juicios, opiniones generosas, o la entrega imponderable de elementos para su iconografía necesaria.

Al periodista Gonzalo Orrego, que fue el primero en animarme a escribir estas memorias, cuando publicaba mis artículos en La Nación de Valparaíso, Jefe de Redacción.

Al periodista Orlando Galdames, que en la dirección del suplemento literario del diario me estimuló en forma permanente.

Al periodista Alex Varela, que con los trabajos del diario El Mercurio de Valparaíso me exhortó a publicar en prosa y me incentivó en la tarea de recordar acerca de mi Neruda personal. Moltedo con quien compartí recuerdos y fotos, y que presentó estos originales a la Editorial portañesa.

A la Universidad Católica de Valparaíso por medio de su Editorial portañesa, que me publicó esta categoría de libro estas crónicas.

## SARA VIAL



EDICIONES UNIVERSITARIAS DE VALPARAISO  
UNIVERSIDAD CATOLICA DE VALPARAISO

con el escritor Jorge Edwards  
este  
Verdad

mi  
punto -  
escrito en la memoria  
del corazón, *Al que by acompañando*  
Muy afortunado recuerdos  
de tu amigo / *recibial*

Jueves 18 de un mes de Julio 85.

Una vez me preguntó si yo sabía dónde se podía adquirir un catre de campaña:

—Quiero comprarle a Laura un catre, para que ella lo pueda mantener en la Isla, y al mismo tiempo, si lo desea, llevarlo a cualquiera parte. Es movediza, siempre anda viajando.

Le habían dado el dato que en la calle Pedro Montt de Valparaíso había uno de buena clase.

—Cuando mi hermano viajó a París, como Embajador, se alegró mucho de que yo jubilara por esos días como profesora. Me invitó a la Embajada, tan generoso como siempre. Quería hacerme conocer todo, me llevaba a distintas partes. Aunque ya estaba muy enfermo, lo disimulaba. Trabajaba mucho, hasta los días domingos tenía que bajar en ese feo ascensor del edificio de varios pisos, para llegar a su oficina. Ellos vivían arriba. Afirmaba la cabeza en la pared del ascensor y suspiraba:

—Estoy tan cansado, Laura, estoy cansado de todo.

Yo lo acompañaba a los bajos y hacía lo posible por ayudarlo en alguna cosa.

Lo veía tan mal. No le gustaba ese edificio oscuro, triste, de la *Embajada de Chile*. Trató de hacer más alegre su oficina, con cosas chilenas, cuadros, cerámicas, tapices de las bordadoras de *Isla Negra*.

Celebramos un 18 de septiembre, en el patio con banderitas chilenas de papel que hizo colocar, tal como en *La Sebastiana*. Estuvo muy bonito todo. Pero, lo que soñaba era volver a Chile. A veces cerraba los ojos y me decía:

—Quiero abrirlos de nuevo y encontrarme en *Chile*, en *Valparaíso*, en *Isla Negra*. Ya no me acostumbro. Cuando era joven, era distinto. Me hace falta el mar de allá.

Cuando hablaba en francés con sus amigos poetas, yo no entendía nada. Me abrazaba y decía:

—Mi hermana hará de traductora.

Cuando me invitó a París, yo quise pagarme el viaje con mi jubilación.

—Por Dios, Laura, cuándo se te va a quitar lo orgullosa, yo quiero pagarte todo.

El siempre decía que yo era muy independiente. Los franceses me cayeron pesados. A veces llegaban amigos chilenos y lo pasábamos bien. Como Jorge Edwards, que Pablo quiere mucho, buen amigo. Una vez estuvo Douglas Cochrane, vino de Inglaterra. Salimos a comer juntos y le mandamos esa postal, desde Londres.



Ella lo cuenta en su libro, *Ventana del recuerdo*. Quien conoció a Laurita Arrué supo lo que era un ser celestial, afirma el prologuista, el escritor Diego Muñoz.

Fue amiga de Alberto Rojas Jiménez, de casi todos los poetas de la época del Neruda de *Crepusculario*, y *Los veinte poemas de amor*. El poeta le dedicó juveniles poemas, que ella reproduce como primicia:

*Tan pequeña la niña taimada  
es un ramo de frutas de otoño.*

A través de ella uno ve a un Neruda 'que se agacha constantemente para levantarse los calcetines largos que se usaban en ese tiempo'.

O que al caminar, 'se miraba en cuántas vitrinas encontraba y pudieran servirle de espejo. Se miraba y se acomodaba el sombrero o la corbata. A menudo se hacía lustrar los zapatos en la Plaza de Armas'.

'Jamás pasaba por debajo de una escalera y detestaba los días y el número 13'.

Un miércoles 27 de abril del año 77, Laurita debía estar a las diez de la mañana en la plaza de Armas, para reunirse con otra Laurita, Laura Arrué, viuda ya del poeta Homero Arce. Habían decidido irse a vivir juntas, a la casa de unas monjitas, en calle Domingo Sarmiento<sup>37</sup>.

<sup>37</sup> *Ventana del recuerdo*. Laura Arrué, Nascimento, Santiago, 1982.

*parrafos cambiados*